

CAPITULO XVIII.

El grito de la conciencia.

Los dos amigos, despues de echar una mirada al edificio de que acababan de salir, caminaron un largo espacio sin pronunciar una sola palabra, ocupado cada cual en las ideas que bullian en su mente.

En aquel momento los relojes dieron la hora.

El sereno, que aun permanecia en la misma posicion que le dejamos, alzó la cabeza maquinalmente; abrió la boca soñoliento, cantó, entre bostezos la *una*, volvió á meter la cabeza entre la manta y siguió roncando.

—Alarguemos el paso, que es tarde.

Dijo Miguel.

En aquel instante empezaron á salir de la lógia todos los individuos de ella, tomando cada cual el rumbo de su casa.

El último de ellos fué Rossi, á quien se habian quedado esperando otros dos, que salieron delante de él.

—¿Podrémos alcanzarlos aún?

Preguntó uno de ellos.

—Sí—contestó Rossi—allí van; sigámosles.

Y los tres, colocándose en la acera de la sombra, echaron á andar en pos de Enrique y de Miguel.

—Van hablando en alta voz.

Advirtió el que hasta entonces habia guardado en silencio.

—Véamos si podemos recoger sus palabras.

Dijo Rossi.

Y sin despegar los labios, se pusieron á esenchar la conversacion de los dos amigos que iban animados en el siguiente diálogo, bien ajenos de pensar que eran espiaados tan de cerca por tres hombres.

—Pero ¿cómo has podido descubrir tal cosa?

Preguntó Enrique apoyándose en el brazo de Miguel.

—Después de haber atravesado largas y oscuras galerías, me detuve á descansar al lado de una puerta que estaba cerrada y que comunicaba con otro salón. Ya me disponía á continuar mi camino, cuando escuché el ruido de voces de algunas personas que hablaban dentro: apliqué el oído, y oigo á Fernando que pedía se suspendiera la votación de un punto que ventilaban, porque faltaba un socio.

—¿Y de qué se trataba?

—Se trataba de un plan inicuo, presentado por Rossi.

—¿Y ese socio que faltaba, sería tal vez el que hemos visto muerto?

—Creo que sí.

—Continúa.

—Todos convinieron con el parecer de Fernando, excepto Rossi y algunos extranjeros que solo sirven para extraviar la opinión.

—¿Y qué plan era ese?

—El de sorprender á un ciudadano honrado, y obligarle á firmar un papel donde apareciera como jefe de conspiración contra el gobierno, para que así salga desterrado.

—Y ¿qué motivo tiene Rossi?....

—Ninguno mas que el de satisfacer una venganza personal, que él ha tenido buen cuidado de disfrazar con el ropaje del patriotismo y del amor á la libertad.

—¿Y dices que Fernando?

—Fernando se opuso con la franqueza y energía de un corazón leal y patriota, haciendo ver que, la causa de la libertad es la causa de la justicia, y que sorprender al pacífico ciudadano, haciéndole aparecer como conspirador, atacando así la opinión privada de un individuo, era un acto el mas injusto, que rechazaba él en nombre de todo el partido yorquino, liberal por esencia, y justo por convencimiento.

—No esperé menos de sus rectos principios. ¿Y cuál fué el resultado?

—Que sus razones y las de otros muchos

buenos mexicanos que se adhirieron á su dictámen, triunfaron, quedando vencido Rossi.

—No podia suceder otra cosa: nosotros podrémos cometer errores políticos inherentes á nuestra inexperiencia, pero no somos capaces de ninguna accion bastarda que rechace el honor.

—Pero Rossi, aunque derrotado en la votacion, no ha desistido de su plan.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mientras los sócios estaban ocupados en votar, se acercó á la puerta en que yo estaba, y oí que convino con dos paisanos suyos, en llevar por sí solo adelante su venganza.

—¿Qué infamia!

—Fernando, no contento con el triunfo alcanzado en la discusion, apostrofó contra los extranjeros que habian manchado la victoria, pocos dias antes, con un acto reprehensible: Señores, dijo, nuestro partido, que es el partido de la libertad, de la justicia y de la tolerancia, tiene en su seno individuos de extraños países que, correspondiendo

mal á la generosidad con que los hemos recibido, desconceptúan nuestra causa. Son pocos, y puedo señalarlos por sus nombres; pero aunque cortos en número, ejercen demasiado influjo, y tienen estremada osadía para llevar tras sí las masas populares, fáciles siempre de exaltarse cuando se les hace creer que peligra la libertad. Fresco está aún el triste acontecimiento del Parian, que todos los que blasonamos de liberales y hemos nacido bajo el hermoso cielo de México, hemos condenado, y que no pudimos impedir, á pesar de los esfuerzos que hicieron los principales jefes para contener á las masas armadas: los hombres á quienes me he referido antes, extraviaron la opinion de los que les seguian, y el mal se consumó.

—¿Y nada contestó Rossi á esa alucion tan directa?

—Sí; dijo que él habia sido el primero en oponerse á los desmanes; pero aunque lamentaba, como todos, aquel acontecimiento, no veia en él ningun acto que perjudicara á la causa que sostecian: “Todos, añadió, hemos clamado contra el influjo que

ejercía el oro de los comerciantes españoles en el país, contra el sistema liberal.”

—¡Qué hombre tan osado! Continúa.

—Fernando replicó: “Sí, pero ni yo, ni ninguno de los de mi partido, pretendimos jamás despojarlos de lo que de ellos era. Queríamos su expulsión, no por odio, pues no odiamos á los españoles, sino para quitar un obstáculo que se oponía á la marcha del país por la senda del progreso. Era una medida política, no un amago á la propiedad. Nuestro partido ama á la justicia, porque es liberal, y odia el despotismo, porque implica injusticia.”

—Tiene razón, porque no puede haber libertad sin justicia, ni justicia sin libertad: son una misma cosa con dos nombres.

—Los miembros de la lógia aplaudieron el pensamiento de Fernando, que prosiguió diciendo: “Despojar de sus bienes á los mismos que se trata de expulsar, es un acto con el que no trasigirémos jamás. Aplicar dos castigos por una culpa, es lo menos compatible con la humanidad: y los liberales todos, levantaremos la voz porque no se

expulse á los españoles hasta que no se les indemnice las cantidades que han perdido.” Mil bravos resonaron en el salón, y todos se adhirieron al pensamiento de Fernando, excepto Rossi que se mordía los labios y permaneció callado meditando inicuos planes.

—¿Y crees tú—dijo Enrique—que consigan su noble objeto?

—No; yo creo que es inútil cuanto se haga en favor de los españoles: la expulsión para que salgan del país está dada; el pueblo está exaltado contra ellos, creyéndoles enemigos de la independencia; y si el gobierno tratase ahora de favorecerles, sería mirado con odio y desconfianza, le acusarían de traidor, y tal vez sería víctima de su generosidad.

—Estamos de acuerdo en este punto. Pero volviendo al individuo, cuyo destierro medita Rossi, ¿qué piensas hacer?

—Salvarle.

—¿Le conoces?

—Sé donde vive, y le avisaré de todo, para que no se deje sorprender.

—¿Y sabes los medios de que piensa va-

lense Rossi para llevar á cabo su infernal proyecto?

—Sorprendiéndole á la salida del primer baile de *posadas*, á donde asistirá mañana en la noche, porque está convidado por persona á quien no puede desairar.

—¿Sabes en que casa hay esas *posadas* (1).

—En la del diputado B....

—Precisamente está convidado á ellas Fernando.

—¿Será posible?

—Lo sé porque me lo ha contado Luisa, invitándome á ellas.

—Me alegro, porque si no consigo encontrarle en su casa, podrás tú poner en su conocimiento el peligro que le amenaza.

—¿Sabes su nombre?

—Sí; Antonio Miron.

—No le conozco.

—Es un excelente médico, jóven y rico.

—Pero podemos hacer otra cosa, si por desgracia no le encontrases en su casa.

(1) Nombre que se da en Mexico á los bailes que tienen lugar desde el día 16 de Diciembre hasta el 24 del mismo, y de los cuales me ocuparé en su lugar correspondiente.

—¿Qué?

—Asistir conmigo á las *posadas*, y descubrirle allí lo que intentan.

—Admitido.

—Ahora acaba de contar lo que oíste en la lógia, porque me interesa en extremo.

—Nada más tengo que añadir á lo dicho. Tal vez hubiera descubierto algunos secretos más, pero al grito que tú sin duda lanzaste, los socios guardaron silencio sepulcral, hasta que, viendo que no se repetía ni se escuchaba nuevo rumor, mandaron á uno de ellos que, cubierto con una careta, saliera á ver qué novedad ocurría. Yo me coloqué entonces bien; de manera que, cuando el enmascarado abrió la puerta, yo quedé tras de ella, sin que él me pudiera ver, y despues le seguí, hasta que logré desarmarle de la manera que viste.

—A tí te debo la vida. ¿Y á qué hora piensas avisar á ese jóven, del peligro que le amenaza?

—Mañana muy temprano.

—Veré si puedo ir por tí para acompañarte.

—Como gustes. Pero de todas maneras, para mayor seguridad, concurriré al baile, no sea que le tiendan un nuevo lazo.

—Corriente.

En esta conversacion llegaron á la puertta de la casa de Miguel, y se detuvieron.

Los hombres que les seguian hicieron lo mismo, quedándose en la acera contraria.

Miguel llamó dando tres golpes con el baston, y mientras esperaba á que le abriesen, siguió en conversacion con su amigo.

Entre tanto, Rossi sacó una cartera, y mirando el número de la casa, apuntó: "calle de.... número 4."

—¿Quién es?

Preguntaron en aquel instante, entreabriendo la puerta, pero sin quitar la cadena que tienen todas las casas principales en México.

—Yo.

Contestó Miguel dejándose ver de quien hacia la pregunta.

El portero quitó la cadena, y abrió la pesada puerta.

—Buenas noches, Enrique.

Dijo Miguel alargando la mano á su amigo.

—Buenas noches.

Contestó Enrique.

Despues continuó en camino, seguido siempre de aquellos tres hombres que marchaban en silencio y cubiertos por las sombras.

De repente se detuvo, y llamó á un ancho y espacioso zaguan que se abrió con las mismas precauciones que el de su amigo Miguel.

Rossi volvió á sacar su cartera, y anotó: "calle de.... número 12."

—Vámonos ya cada cual á nuestra casa.

Dijo uno de los otros dos.

—Sí, que es la una y media.

Añadió el tercero.

Y los tres tomaron por distintas calles.

Rossi, semejante á esos génius maléficos que vagan solitarios por las sombras saboreándose con la memoria de sus infernales hechos, caminaba solo y de espacio, revolviendo en su imaginacion mil ideas en que alternaban los hechos consumados con los que aún bullian en proyecto.

De repente pareció absorber todas sus potencias un recuerdo.

Sus ojos brillaron con una alegría feroz.

Su fisonomía se sonrió con el pensamiento de la víctima que dejaba muerta en uno de los cuartos de la lógia.

Sus labios se entreabrieron, y murmuraron algunas palabras que fueron á morir con el ruido de sus pisadas.

—Era un obstáculo para mis planes, y me deshice de él.

Añadió luego en voz mas clara.

Y como si la meditacion de aquel hecho que le ocupaba, excitase de nuevo su sed de sangre, retorció entre los dedos de la mano izquierda su largo bigote, mientras con la derecha tocaba con satisfacción la empuñadura de su espada.

Estas ideas de exterminio tenían para él tanto atractivo, como para el jóven enamorado el recuerdo de las palabras de amor que escuchara de los nacarados labios de su amada.

Embebido marchaba en las reflexiones que de exponer acabamos, cuando al llegar

cerca de la esquina de la calle de San Juan, llegó á sus oídos un quejido lastimero como el de un moribundo.

Rossi se estremeció, sobrecogido de un terror pánico: aquel lamento, lanzado en medio de las sombras y del silencio, le pareció el mismo que exhaló su víctima al espirar, y le hizo perder su proverbial serenidad.

Nada hay mas cobarde que la imaginacion cuando se ve sorprendida de una idea terrorosa. Nada es capaz en aquel instante de serenar el espíritu alarmado: los ojos pierden la facultad de ver los objetos como son en sí, y todo lo revisten de gigantescas y aterradoras formas: el corazón se oprime helado dentro del pecho que respira con dificultad: la sangre se coagula en las venas con el frío del espanto: la razón se ofusca, y el despierto oído percibe el mas ligero ruido, como si fuesen los pasos de un sér sobrenatural, cuyo aliento cree sentir al lado suyo, y que se acerca sobre las puntas de los piés para herirle.

Tal era la situación de Rossi en aquel

momento: el suspiro que cerca de sí habían exhalado, le crispó los nervios, atirantó su piel y le erizó el cabello: quiso secar el frío sudor de su frente, y sus ojos se fijaron, espantados, en una mancha de sangre que tenía sus dedos. Entonces le representó su imaginación la víctima sacrificada á su saña; y un nuevo quejido, mas prolongado y triste lanzado en el mismo instante, acabó de desconcertarle.

El hombre que hasta entonces habia desafiado los peligros, manifestando su valor á toda prueba, ahora tiembla como un niño.

¿Es el miedo á la muerte?

No; porque mil veces hizo ver que no la temia.

¿El remordimiento acaso?

Rossi se burlaba de los que hablaban de *conciencia*, llamándola *preocupacion ridícula* infundida en la niñez.

Pero es lo cierto que ese remordimiento suele llamar un dia en el corazon del hombre.

Pero es lo cierto que Rossi habia caminado hasta aquel instante, complaciéndose con el recuerdo de sus crímenes, y que de

repente tembló al esnechar un quejido, como tiembla una criatura al oír el nombre de un fantasma con que tratan de asustarla.

Pero es lo cierto que todos los hombres, aun los que mas blasonan de incrédulos y despreocupados, tienen un momento en que se ven sobrecogidos de un terror invencible en ciertas épocas y en ciertas situaciones; y que la causa mas insignificante, el lamento de una persona, el ruido producido por el vuelo de una ave nocturna, la sombra que dibuja su mismo cuerpo, le sobresaltan, le hacen palidecer y le estremecen.

Es un resto de la educacion recibido en la niñez, dirá alguno.

¿Y por qué, los que abrazan la carrera del mal, olvidan todas las demas cualidades de la educacion, y no pueden olvidarse, á pesar de los esfuerzos que hacen para conseguirlo, de esa que, para ellos, es la mas incómoda y la mas molesta?

¿Por qué aun los hijos de los criminales que nunca han oído hablar de conciencia, y que entran desde sus primeros años á ejercer los delitos, sienten dentro de su cora-

zon ese grito que les estremece, que les sorprende en medio de sus empresas, y que acibara aun aquellos momentos en que mas esperaron gozar?

Esto es que la conciencia es innata en el hombre.

El consejero mas leal.

El amigo inflexible, justo, imparcial y severo que Dios colocó en su alma para que le acompañase á todas partes.

Algo de esto debió pasar por Rossi.

El cambio que se habia operado en él, no podia reconocer otra causa. Espantado, y sin poder apartar sus ojos de la mancha de sangre impresa en su mano, en vez de avanzar fué retrocediendo poco á poco como ante una vision fatídica. Debilitado por aquella lucha interior tan violenta como terrible, iba á apoyarse en la puerta de una humilde accesoría, cuando vino á herir sus oidos un tercer quejido que salia de la pieza,

Rossi se estremeció como un perlático; pero notando que por la cerradura de la puerta brillaba el resplandor de una luz, fué tranquilizándose: su pecho empezó á en-

sancharse paulatinamente; dejó de latir su corazon con violencia, empezó á despejarse su corazon, y su mente vió desaparecer las fantasmas que le habia presentado su descarriada fantasía.

—Sin duda fué el lamento de un enfermo:—murmuró entre dientes Rossi:—de algun desgraciado que se despide de este mundo.

Entonces recobró el ánimo, se avergonzó de su pueril temor, y aplicó el ojo á la cerradura para ver lo que dentro pasaba.

—¡Qué veo!.... mi rival....

Exclamó asombrado, no bien examinó la estancia.

Y efectivamente, lo primero que se presentó á su vista fué el médico D. Antonio que acababa de hacer una terrible operacion á un jóven enfermo tendido en un miserable lecho, y cuidado por una mujer como de cuarenta años, que parecia su madre.

Al ver al amante de Pilar dispuesto á salir, pues acababa de coger el sombrero, cruzó por la mente de Rossi un pensamiento infernal. Se acordó del duelo á que le ha-

bia provocado, de la humillacion que le habia hecho sufrir, de los insultos que le habia prodigado, y de lo fácil que le seria deshacerse de él en aquella hora en que nadie transitaba por la calle.

Esta idea halagó su corazon, y asomó á sus labios una sonrisa infernal.

Ahora era el hombre mismo del Parian.

El hombre que se burlaba de los remordimientos.

El que no creía en la conciencia.

—Su mala suerte le coloca entre mis manos:—dijo al fin para sí;—esperémosle, y quitemos este obstáculo que se presenta en mi camino. Aquí sale.

Y Rossi se colocó arrimado á la pared contigua á la accesoria: sacó un puñal, y esperó con el brazo levantado á que abrieran la puerta; pronto se oyó el ruido de ésta, y al asomar en el dintel D. Antonio y cerrarse la pieza de donde habia salido, se vió descargar un golpe, y resonar en el viento un grito.

CAPITULO XIX.

Cuidados y lágrimas.

En cuanto Miguel se despidió de Enrique y entró en su casa, se encerró en su gabinete, preocupado con los acontecimientos de aquella noche.

Interesado su noble corazon en salvar á la persona amenazada por la lógia, del peligro en que se encontraba, hubiera querido que las horas hubiesen pasado con la rapidez de su deseo.

Impulsado por aquel recomendable afan, ni aun queria sentarse, como si los instantes regulasen su curso por la accion de su cuerpo.

Al verle pasear á lo largo de la estancia